

DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Noviembre 5 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 14.

LOS AMORES DE MARTA

POR

CARLOS MARÍA RAMÍREZ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

LAS CARTAS

CONFIDENCIAL.

Sr. D. Francisco de Valdenegros.

Mi distinguido señor:

GRANDE ha sido mi sorpresa al leer la carta en que el señor de Valdenegros se digna comunicarme ciertos antecedentes relativos al nacimiento de la señorita Marta, cuya mano había tenido yo el honor de solicitar en la entrevista del martes.

Aun cuando el señor de Valdenegros tiene á bien instarme para que le signifique mi respuesta en una conferencia verbal, convenida previamente, poderosísimas razones me determinan á consignar solemnemente en esta carta las resoluciones que he adoptado, en presencia de las revelaciones que llegan á mi conocimiento.

Desde luego, tras maduras reflexiones, que debía á la dignidad de mi rango y al lustre de mi cuna, he llegado á creer, y creo, que el origen de la señorita Marta no es un obstáculo absoluto para el enlace que proyectábamos, y cuya realización sigue siendo uno de los profundos votos de mi alma.

Sin embargo, tengo el deber indeclinable de procurar una autenticidad indiscutible para la justificación de ciertos hechos, que me servirán de escudo en las responsabilidades que asuma ante los principios y las tradiciones de mi raza.

Espero, pues, que el señor de Valdenegros se servirá acoger con espíritu de justicia y de benevolencia las súplicas que formulo en los siguientes términos:

1.º Justificación precisa de que la señorita Marta ha sido lejitimada por el matrimonio de su señora madre *in artículo mortis*.

2.º Informacion solemne que acredite ser efectivamente la señora madre de la señorita Marta hija de una mujer cristiana y de uno de los reyes de la Pampa.

Llenadas estas dos condiciones, como espero que se apresurará á llenarlas el señor de Valdenegros, no tendré inconveniente en considerar subsistentes mis aspiraciones á la mano de la señorita Marta, y estaré á la disposición del señor de Valdenegros para ajustar el importe de la dote que debe ella aportar al matrimonio, en atencion al caudal de sus abuelos, al rango de la persona que vá á darle su título, y á las desgraciadas circunstancias que llegan inesperadamente á mi noticia y que deben ser compensadas, ha

de reconocerlo el señor de Valdenegros, en la forma adecuada para acallar todos los escrúpulos y todos los reproches de mi orgullosa familia.

Dígnese el señor de Valdenegros acoger las más sinceras protestas de la distinguida consideración con que lo saluda su muy obediente servidor

RICARDO CLEMENTE DE ROMBERG.

Tal era la carta que la imprudente jóven acababa de leer, y dejaba caer sobre sus faldas con indecible estupor.

Torturábase su pensamiento, bajo la presión de una doble sorpresa, llena de amarguras y zozobras.... Ah! venia al fin á descorrer el velo de aquel pasado de familia, cuyos misterios habían interesado tan profundamente su alma, sin acertar á descubrirlos! Como!—¿Era ella, la opulenta y altiva señorita Valdenegros, incierta hija de la casualidad, en una aventura culpable?—¿Corría por sus venas sangre india?... Ahora se explicaba mil detalles extravagantes y confusos de su infancia; ahora comprendía el sentido de innumerables frases enigmáticas que la malignidad social deslizara á su paso, desde que había comenzado á ponerse en contacto con el mundo!—¿Y quién eres tú, caballero austriaco, de orgullosa raza, que no desdeñas mezclar la sangre de tantas generaciones ilustres con la sangre salvaje del desierto? Ah! el monto de la dote puede impedir que se deslustren tus blasones y evitar que se disipen las ilusiones amorosas de tu alma....!

Marta leía y releía con avidez aquellas frases heladas del Barón Romberg.... «Ser efectivamente la señora madre de la señorita Marta hija de una muger cristiana y de uno de los reyes de la Pampa».... Todas las quimeras de grandeza que inflamaban la imaginación de la jóven, no bastaban para alucinarla sobre el sentido real de aquellas palabras pomposas.... Nécio europeo, que pretendes aplicar el lenguaje de tus córtés á la gerarquía brutal de las tribus indígenas.... Uno de los reyes de la Pampa será á lo sumo un cacique.... Con un sacudimiento nervioso levántase Marta del sillón y acércase á un espejo.... Se contempla largo rato y después esclama con sarcástica tristeza: «tenia razon ese hombre para encontrarme idéntica á su princesa egipcia»—Pero los sentimientos y las intenciones de ese hombre siguen torturando al mismo tiempo la imaginación de la princesa india.... «No tendré inconveniente en considerar subsistentes mis aspiraciones á la mano de la señorita Marta y estaré á la disposición del señor Valdenegros para ajustar el importe de la dote»... Lee y relea esas palabras, sentada nuevamente en un sillón.... «Estaré á la disposición del Sr. Valdenegros».... Luego es este quien ha insinuado, quien ha propuesto la idea de la dote.... Oh! qué torpeza increíble!.... Mas ese hombre añade: «y á las desgraciadas circunstancias que llegan inesperadamente á mi noticia y que deben ser compensadas en la forma adecuada para acallar todos los escrúpulos y todos los reproches de mi orgullosa familia»—Y en el medio del párrafo—como un paréntesis irresistible,—«ha de reconocerlo el señor de Valdenegros!».... Ah! esto es verdaderamente infame!—Si estuviera él presente para clavarle las pequeñas uñas, como una india salvaje!

Apareció un sirviente y dijo con aire respetuoso:

—La señorita Ovalle.

—¿Le ha dicho usted que estoy en casa?

—Sí, señorita; y que la señorita tenía su cupé pronto para salir á paseo.

—Pues vaya usted á decirle que no recibo á nadie, y despida el cupé, cuidando de que ella oiga dar la orden....

El sirviente hizo una cortesía para retirarse.—Marta lo detuvo con un gesto.

—Preguntará, probablemente, si estoy enferma.... Le dirá usted que nó;—que estoy levantada y leyendo en el escritorio, á espera de visitas.

Esta venganza femenina, ejercida por Marta sobre la infiel amiga á quien sospechaba cómplice de los manejos codiciosos del Barón Romberg, produjo en ella una singular sensación de apaciguamiento y alivio. Tuvo una alegría pueril pensando en las decepciones y enojos de Pancha Ovalle, persuadida á la vez de que no tardaría dos horas el Barón Romberg en conocer el incidente.—Sin embargo, no había salido aun del aturdimiento en que la precipitaron las revelaciones de la carta.... Su voluntad flotaba todavía indecisa, y comprendía que solo después de amplias explicaciones con sus abuelos podía adoptar una resolución definitiva.—Hizo un esfuerzo supremo para tranquilizarse del todo, esperándolos en el escritorio, apaciblemente sentada en un sillón.

A las cuatro de la tarde volvían los ancianos de su paseo á la quinta de Barracas. Pasando por la galería, apercibieron á Marta, y entraron al escritorio no poco sorprendidos de verla allí, tan quieticita, y apercibidos al mismo tiempo de cierta alteración que la joven no había podido borrar de su semblante.

—Ni una palabra de reproche!—exclamó Marta sin moverse de su asiento; ha cometido una gran indiscreción, pero la doy por bien empleada;—todo lo sé y debía saberlo!

Don Francisco y doña Emilia cambiaron una rápida mirada de alarma.

—Lean esta carta, añadió la nieta.

Tomó aquella carta doña Emilia, no sin antes besar la mano que la alcanzaba, y don Francisco se apresuró á imitar el ejemplo, besando la otra mano de la joven.—Después, uno y otro se apartaron para leer el papel cuya procedencia habían adivinado al punto, y luego que lo leyeron, quedaron visiblemente consternados.

—Calma, abuelitos queridos, mucha calma. Vean que tranquila estoy yo!—Lo que necesito es conocer ahora mismo la carta de V. abuelito, á que contesta *ese hombre*.... Supongo que V. habrá dejado borrador....

—Ah! sí! hemos dejado borrador, respondió solícitamente el señor Valdenegros; y todavía anoche puse una copia en limpio....

—Venga pues esa copia, repuso Marta, con el imperio habitual.

Don Francisco miró á doña Emilia.

—Sí, marido, sí,—esclamó ésta;—ya no hay misterios que valgan, y debemos alegrarnos de que no los haya, puesto que Marta nos está dando pruebas de un buen sentido admirable, al tomar estas cosas con la serenidad que es la más alta sabiduría de la vida.

Antes de que la señora hubiese concluido su filosófica sentencia, ya don Francisco había sacado el llavero y abierto el cajón de la mesa donde estaba sigilosamente depositada la copia de la requerida epístola.—Meneó tristemente la cabeza, y fué á poner en manos de Marta el papel que debía revelar por entero un secreto cuidadosamente guardado durante tantos años. Después, mientras Marta leía, se acercó á doña Emilia para decirle:

—Marta se domina; pero está muy conmovida.—Temo un ataque.... Qué te parecería si hiciéramos venir un médico, sin que ella supiese, para tenerlo á la mano?

—Tranquilízate, Francisco; no hay motivo para estar en sobresalto. Este asunto es muy delicado; debe ventilarse con mucha

reserva.—Tú mismo no sirves para esto.—Déjame sola con ella.

—Ya verás qué bien nos entendemos!

Siguió la indicación el buen anciano, reprimiendo malamente gestos que en un niño se llamarían *pucheros*.

Sentóse doña Emilia junto á Marta que leía en silencio, pausadamente, como aquilatando cada frase, la carta del señor Valdenegros al Barón Romberg.—Estaba concebida en estos términos:

«Estimado señor Barón Romberg.

Quando contesté ayer á su pedido de la mano de mi nieta, que necesitaba consultar la opinión de mi esposa y cerciorarme de la voluntad de aquella, no abrigaba la menor duda de que una y otra acojerían sin sorpresa y con placer el paso con que usted nos honraba; pero se hacía indispensable que me tomase tiempo par deliberar con mi esposa sobre el delicadísimo punto que viene á motivar esta carta.

Después de maduras reflexiones, hemos pensado que antes de acceder á su pedido, antes de considerarlo irrevocablemente formulado, necesitamos hacer saber á usted ciertos hechos que podrían modificar sus sentimientos ó su resolución.—Solo nosotros podemos volar la violencia moral que nos impone esta determinación; pero si no la llevásemos á cabo creeríamos haber infringido ineludibles deberes de lealtad respecto del noble extranjero que aspira á enlazar su suerte con la de nuestra nieta.

Sírvase usted disculparme si, ante todo, traigo á colación algunos antecedentes de familia, y soy después minucioso en mi relato.

Hemos sido singularmente desgraciados con nuestros hijos.

En 1854 habíamos perdido siete, de corta edad, y nos quedaban dos, una niña, llamada Marta, de 16 años, y un joven llamado Alberto, de 18. Aquel mismo año, un ataque de fiebre tifoidea nos arrebató la niña, y quedamos sin más hijo, sin más consuelo, que Alberto. Era este de complexión muy delicada, melancólico, revelando desde la niñez una inteligencia extraordinaria.—Pretendía entregarse á estudios serios, pero nosotros, recelosos por su débil salud, lo contrariábamos decididamente.—Para distraerlo de los libros, para rebustecerlo, pasábamos con él largas temporadas en nuestra estancias de las Alamedas. Parecía aquel plan haber correspondido perfectamente á nuestro objeto, pues Alberto mejoró de salud y cobró tal afición al campo que, á menudo, con gran complacencia nuestra, iba solo á recorrer los establecimientos y se demoraba en ellos hasta que nuestras instancias lo hacían regresar á la ciudad.

Durante el verano de 1859 nos encontrábamos con él en la Estancia de las Alamedas.—Omitiré detalles dolorosos de una triste catástrofe.—Lo habíamos visto montar á caballo, bueno y sano, y pocas horas después lo traían cadáver á nuestra presencia, víctima instantánea de una horrible caída de caballo.—Qué vacío, que espanto el de nuestra situación! Habíamos perdido á todos nuestros hijos, y no estábamos ya en edad de volver á tenerlos!—Al punto, la existencia nos presentó el aspecto de un horroroso desierto.

Habíamos hecho ir á las Alamedas al cura párroco del pueblo cercano, para que bendijera la sepultura de nuestro hijo, pues nos había faltado valor para venir con su cuerpo á Buenos Aires.—El sacerdote cumplió sus deberes religiosos, y al despedirse me advirtió que volvería muy pronto para comunicarme alguna cosa de importancia.—Estaba demasiado absorto en mi dolor para prestar atención á esas palabras; y apenas si me preocupé más tarde de trasmitirlas á mi esposa.—Esta creyó adivinar que el Sr. Cura se refería á algún secreto de la vida ó de la muerte de Alberto, y me instó para que enviase inmediatamente en su busca.—Así lo hice en efecto; volvió aquel excelente hombre, y de sus labios recojimos estas revelaciones asombrosas:

Allá por el año de 1830, una invasión de indios, de las que entonces y muchos años después asolaban con frecuencia la provincia, consiguió llevar en cautiverio considerable número de

mujeres blancas y cristianas. Contáronse entre estas la hermana y la sobrina de un hombre que mas tarde vino á ser uno de mis capataces en la estancia de las Alamedas. Pasaron los años sin que se tuviese noticia de aquellas desgraciadas.—En 1849, una expedición feliz de nuestras tropas sorprendió las tolderías indias y rescató una buena cantidad de antiguas cautivas.—Entre estas apareció la sobrina de mi capataz, que habia crecido en los toldos, y recojido allí el último suspiro de su madre.—Era infortunada favorita de uno de los caciques de las tribus, muerto en el combate, y tenia una niña de diez años.—A madre é hija recojió mi bondadoso capataz.—La madre no puso resistir largo tiempo á los hábitos de la vida civilizada, que le recordaba á cada instante las miserias y vergüenzas del desierto.—Quedó la niña sola, y el cura que todo esto nos referia, derramó sobre ella la luz del bautismo cristiano y se encargo de darle tambien alguna educación. La recordaba siempre con cariño, diciéndonos que tenia muy pocos de los rasgos físicos de la raza de su progenitor, y era buena, inteligente y bella!

En 1855, aquella niña contaba diez y seis años y veinte nuestro hijo Alberto. Durante uno de nuestras estancias en la Estancia, se vieron y se amaron.—Mi capataz y su muger fueron débiles con el hijo de su rico señor; no pusieron barreras insalvables á los extravíos de la juventud.—Aquella misteriosa relacion explicaba el encanto que nuestro hijo Alberto encontraba en los paseos de campo!

Un dia, nos contaba el señor Cura, se le fué á llamar con urgencia para que se trasladase á prestar auxilios espirituales á la sobrina del capataz.—Era eso en Diciembre de 1856; no habiamos podido nosotros ir ese año á la Estancia; pero Alberto estaba en ella, y el señor Cura lo halló, emocionado y lloroso, á la cabecera de la enferma, que habia dado á luz una niña, y se moria de fiebre puerperal.—Los síntomas de la última hora estaban ya escritos en el semblante de la jóven.—Siempre tienen algo de médicos los curas de campaña, y cuando aquel se cercioró de que la muerte era segura, apercibido al mismo tiempo de la situacion culpable en que la moribunda abandonaba la tierra, dejando escritos en un sér inocente las huellas del delito; indicó á nuestro hijo Alberto la necesidad de un acto religioso que redimiese el pecado de la madre y consagrarse la inocencia de la hija. «Infringia con esto los deberes legales de mi cargo»,—nos decia el buen sacerdote añadiendo: «mas cumpla un deber sagrado de conciencia con aquella niña á quien yo habia hecho entrar en el rebaño de la Iglesia, y sabia que alguna vez encontraria el perdon en los sentimientos cristianos de la familia de Alberto.»—Sea bendita la memoria de aquel excelente ministro del Señor! A su oportuna intervencion debemos la pureza de nuestras únicas alegrías de familiar!

Vivia la niña, y nuestro Alberto le habia prodigado incesantemente sus cariños. Viniendo de verla, habia ocurrido el accidente horrible de su muerte. Fuimos en compañía del señor Cura á la casa de nuestro capataz.—Este y su esposa se hincaron delante de nosotros, pidiéndonos perdon, como si en aquellos momentos hubiéramos podido considerarlos culpables! Todo quedó confirmado por las esplicaciones de aquellas gentes sencillas.... Vimos á la niña.... Habia entre ella y nuestro hijo curiosas analogías de peculiaridades físicas que disipaban, acerca de su origen, hasta las más cavilosas aprehensiones.... Era evidente que habiamos encontrado el consuelo de nuestra vejez; y nuestro desierto se llenaba con un ángel que heredaría nuestro nombre y nuestras riquezas?... «Así es la Divina Providencia, nos decia el señor Cura;—en sus manos, el mismo fruto de la culpa puede transformarse en instrumento de redencion y de felicidad!»

La niña no estaba todavía bautizada.—Le dimos en la pila el nombre de la última de nuestras hijas, estableciendo su filiacion legitima, segun la partida de casamiento de sus padres. Al mismo tiempo hicimos nuestras disposiciones testamentarias, dejándola heredera de todos nuestros bienes.—Tenlamos en el interior

de la Banda Oriental un campo valioso, y lo donamos á nuestro capataz para que fuese á radicarse allá con toda su familia.—No existe en el país nada que pueda recordarle á Marta su origen, y ella lo ignora.—El que aspire á su mano no debe ignorarlo!

Estos hechos son más ó ménos conocidos en nuestra sociedad;—pero es por demás esplicable que usted no los conozca. Ahora, todo secreto ha desaparecido.—Sabe Vd. las intimidades de nuestra familia, y adoptará el partido que le parezca más acertado.

Debiamos fijar en el papel estas graves revelaciones.—Agradeceríamos, sin embargo, que su respuesta fuese verbal, viniendo á verme, con el anuncio prévio del caso, ó señalándome dia y hora para ir yo á visitarlo en su alojamiento de Vd.

Aprovecho la oportunidad de repetirme su Ato. S. S. Q. B. S. M.

FRANCISCO VALDENEGROS.

Al terminar la lectura, corrieron gruesas lágrimas por las mejillas morenas de Marta, y rebosaron sollozos en las palpitantes turgencias de su pecho.... No se sorprendió doña Emilia de las emociones desbordantes que suscitaba la carta, pues, teniendo la principal parte en aquella pieza de literatura doméstica, la habia dictado ó escrito sin poder reprimir algunas veces el llanto... Volvió á llorar en compañía de su nieta, y ambas guardaron silencio largo rato.

—Comprenderás, hija mia,—dijo al fin doña Emilia acariciando la mano de Marta, que debiamos tratar de ocultarte, como te hemos ocultado, la dolorosa historia de tu nacimiento;—pero no hay en ella nada que deba preocuparte ni arrojar sombras de tristeza en tu existencia. Eres hija de un Valdenegros, eres nuestra nieta.—Tu madre ha muerto en nuestra fé; si culpa cometió, fué perdonada, y desde el cielo, ella y Alberto gozan con tu felicidad.... Ahora, para agradar á los muertos y á los vivos, es menester que trates de ser feliz.... Presumo que te habrán disgustado algunas palabras de la carta del Baron Romberg....

Hizo Marta un movimiento brusco, cual si se apoderase de ella con violencia una idea ya alejada, y dijo interrumpiendo á doña Emilia:

—Quiero saber una cosa.—Cuando ese hombre habló con abuelito para pedir mi mano—¿exigió que yo llevase dote al matrimonio?

—No, hija mia, nada absolutamente exigió. Esas cosas siempre se conciertan despues...

—¿Fué abuelito quien indicó la idea de la dote?

Doña Emilia tuvo un momento de vacilacion.

—Propiamante no, dijo en seguida; Francisco no tuvo ocasion de hacerlo, pero era valor entendido que debíamos constituirte una soberbia dote, segun lo exigen las costumbres europeas...

—Si, soberbia, replicó Marta con sonrisa amarga;—bien soberbia, para que el señor Baron pueda consolarse de mi origen indio... aunque si soy nieta de uno de los reyes de la Pampa, debo parecerle princesa!

Mientras la jóven habia leído la carta del Sr. Valdenegros, se habia ocupado la anciana de releer la respuesta del Baron Romberg, y estaba preparada para contestar aquellas sarcásticas palabras.

—Las exigencias de tu novio pueden ser fácilmente satisfechas, —y ningun mal hay en satisfacerlas. Bien claramente manifiesta que nada pide por sí mismo. Solo se preocupa de hacer aprobar su eleccion por su familia, y ya ves que esto demuestra el loable propósito de evitarte resistencias y antipatías entre los suyos.... Tu novio (con insistencia marcaba la señora esta frase)—tu novio es un hombre de mucho mundo, y sabia perfectamente que en Europa toda murmuracion sobre su enlace quedará vencida si le es dado comprobar la escepcional distincion de la familia de su esposa por el brillo de la fortuna que haya llevado al matrimonio.... En este sentido deben ser interpretadas las palabras finales de la carta de tu novio.... Hay que tomar las cosas como

son.... Un europeo no es un porteño.... Aquel todavia se hacen muchas cosas por sentimiento.... Allá, todo es cálculo, pero los cálculos acertados, hija mia, no son incompatibles con los bellos afectos del alma....

Marta dirigió á su abuela una mirada que parecia decirle: «me haces mal»,—y reinó de nuevo el silencio. Fué la niña que lo interrumpió esta vez diciendo:

—Necesito descansar, estar sola, meditar sobre estas cosas tan raras que á mi sola me pasan en el mundo.

Doña Emilia acompañó á Marta hasta su alcoba, y viéndola tranquila, juzgó que debía complacerla dejándola entregada á sus propias reflexiones.—Don Francisco esperaba impacientemente á su esposa.—Cerciorado de que Marta continuaba tranquila, púsose á hablar, con verbosidad que no le era habitual, contra los procedimientos y las pretensiones del Baron Romberg.... Estaba exaltadísimo.... Hacia el proceso del Baron con dos acusaciones capitales.... Ante todo—¿cómo se ha atrevido á escribir aquella carta, cuando espresamente se le habia pedido que no contestase por escrito, previendo cualquier indiscrecion?—Eso revela mala fé!—Solo Dios sabe las consecuencias que hubiera podido tener la lectura de esa carta en una niña que ha quedado tan nerviosa despues de la fiebre tifoidea.... Y esa historia de la dote.... ¿á qué viene?—Pues necesita dote la señorita, cuando toda la fortuna es de ella, exclusivamente de ella,—y mayor tal vez que la del más rico Baron de toda el Austria! Vaya una ocurrencia!—Son las mismas mañas del Conde De Siani.—La plata y nada mas que la plata.... El señor Valdenegros los cala de léjos á esos hombres; y Marta no puede querer al Baron.... Juzga indispensable tomar una resolucion estrema.... Ah! si no fuesen tan críticas las circunstancias políticas, iria á consultar el caso con el General Mitre y sabria á qué atenerse!

Doña Emilia oye todo con bondadosa calma, y cuando vé á su esposo enteramente desahogado empieza á formular sus opiniones.... Es injusto considerar un crimen el hecho de haber escrito la carta.—Un europeo no se figurará jamás que una niña pueda permitirse abrir una carta dirigida á su abuelo.... Solo entre nosotros se ven semejantes cosas.... El Baron Romberg ha creído y ha debido creer que una carta cerrada era como un secreto al oído.—Se engañó, pero la culpa no es suya.... Hay tambien injusticia en compararlo con el Conde De Siani.... Precisamente éste nada pidió antes de casarse, y finja el mayor desprendimiento.... La conducta del Baron revela, por lo ménos, una franqueza muy recomendable.—Si fuese un explotador, un aventurero, se apresuraria á contraer matrimonio y despues haria sus exigencias, que serian entonces irresistibles.... Hace lo que hace, porque lo juzga la cosa mas sencilla del mundo.... Son así las costumbres de su pais, y quien obedece á la costumbre está de antemano disculpado.... Quiere talvez aprovecharse un poco de las circunstancias.... Merece por ello un reproche, pero no hay en eso motivo para un ruidoso rompimiento.... Marta se ha comprometido mucho con el Baron Romberg.... Todo Buenos Aires sabe que están de novios.... Ahora, un rompimiento, sobre todo por las causas que lo promueven, seria motivo de un gran escándalo.... No hay que provocarlo.... Siga Marta las inspiraciones de su corazon.... Si ama, debe sobreponerse á pasajeros agravios.... Será una locura fomentarle violentas veleidades desdeñosas.... ¿Cómo no temer los desordenados impulsos de aquella naturaleza voluble? Ahora que Marta es dueña del secreto de su origen, puede hallar ahí una razon decisiva para volver á sus locos devaneos de las Alamedas!....

Don Francisco balbuce objeciones, refunfuña, menea la cabeza, y concluye, como de costumbre, por quedar sometido á la direccion espiritual de doña Emilia.

Al dia siguiente, á medio dia, los abuelos y la nieta se reunen para determinar dos puntos:—¿qué debe contestarse al Baron Romberg?—¿debe ó nó suspenderse la consagracion de Santa

Marta? Insiste la señorita en repetir lo que ha dicho á doña Emilia, á solas, durante toda la mañana:—«Necesita reflexionar; está aturrida; despues resolverá»—pero entretanto no hay motivo para suspender la consagracion de Santa Marta.—Eso seria lo mismo que confirmar en la sociedad sospechas de un conflicto de familia.—Despues de alguna discusion, ligan las dos ideas, acordando llevar adelante la fiesta religiosa y escribirle al Baron Romberg que despues de aquella fiesta, para la cual seria en la misma carta invitado, se ocuparia el señor Valdenegros de arreglar el asunto pendiente.

Inútiles precauciones para ocultar el conflicto de familia!—La noticia estaba ya muy divulgada.—No habia guardado reservas el abogado con quien el Baron Romberg consultó el punto de la dote, ante los preceptos de la legislacion argentina. Menos aun la habia guardado Pancha Ovalle despues del desaire que recibió de Marta.—No contó ella este incidente más que al Baron Romberg; pero todos sus tertulianos, en la noche del juéves, comenzando por Rodolfo, fueron oyendo en son de confidencia que el Sr Valdenegros se habia visto obligado á revelar el origen de Marta, en una carta dirigida al Baron Romberg, y que éste, en otra carta, habia planteado tales y cuales exigencias.... A más de sus resentimientos del dia, tenia la señorita Ovalle un motivo especial para complacerse en divulgar aquella faz poco poética de los amores de Marta.... La conducta del Baron Romberg evidenciaba que si la señorita Ovalle hubiese ya recibido la pingüe herencia de su tia la cordobesa, pérfidamente dotada de una longevidad intolerable, su tipo aristocrático y europeo habria podido sostener una competencia victoriosa con el tipo robusto y egipcio de Marta Valdenegros!

Nada hubieran sido, así mismo, las conversaciones de salon... Fué lo más grave del caso que, en la mañana del sábado, apareció en la crónica de cierto diario, aficionado á descubrir intrigas sociales, una relacion velada, pero trasparente, de lo que ocurría entre la familia Valdenegros y el Ministro Austriaco, con toques al parecer calculados para irritar el amor propio y la soberbia de Marta.... Y fué aun más grave que esta, á medio dia, recibiese, bajo misterioso sobre, un número de aquella indiscreta publicacion.... Pancha Ovalle siempre aseguró y protestó, y juró que no habia sido ella el autor de tan maligna travesura.... Efectivamente, la letra del sobrescrito, aunque disfrazada, revelaba muy á las claras letra de hombre!

Cuando doña Emilia, dos ó tres horas despues de haber recibido Marta el diario, preguntó á su nieta de quien era la carta, respondió ésta, casi sin prestar atencion á la pregunta, que era de su amiga Orfilia Sanchez.... Estaba Marta sumamente alegre, con una alegria inquieta, casi febril, que trascendia en el brillo de sus ojos negros, en sus gestos frecuentes, en sus risas nerviosas, en su incesante yagar por todos los ámbitos de la casa.... Se manifestaba muy entusiasmada con la fiesta religiosa que debia tener lugar al dia siguiente.... Instaba á sus abuelos para que estendiesen mucho, mucho, las invitaciones á la fiesta... Si doña Emilia pretendia sujetarla para conversar sobre el asunto pendiente, cortaba la conversacion diciendo: «Tenemos tiempo de pensar en eso; ahora, pensemos únicamente en la consagracion de Santa Marta; allí recojeré yo inspiraciones para decidir de mi suerte y de la suerte.... de mi novio.»

Tan alborozado entusiasmo se reveló tambien por el contenido de estos dos billetes:

«Mi predilecta Panchita.

«Me figuro que estará V. muy agraviada conmigo.... Ah! si supiera en qué mal momento me encontró.... He de explicarle todo y quedará V. más amiga que nunca.... La espero en la fiesta de mañana, sin falta.... sin falta.... y con el mas interesante de sus interesantes amigos....

«Reciba anticipadamente un beso de la princesa

EMINEÑ.»

«Orfilia queridísima:

«Hay una nube entre nosotras dos.—Si asistes mañana á la consagracion de Santa Marta, hablaremos, y la nube quedará disipada.

«Allí te espera,

MARTA VALDENEGROS.»

A la noche, hizo que una criada subiera á la azotea repetidas veces á para observar si se descomponia el tiempo.... Respuestas favorables la hacian saltar de gozo.... Ostentaba un aire triunfal!

Don Francisco la contemplaba embelesado, bendiciendo aquel admirable buen humor con que la jóven afrontaba su difícil situacion.... Doña Emilia la observaba con sagaces miradas; y extraños presentimientos golpeaban en su corazon sobresaltado.

(Continuad.)

MEDALLONES

La Condesa Guiccioli

FOR
ENRIQUE NENCIONI

(Traducido del italiano para «El Lunes» por Daniel Muñoz)

Las ondas de su larga y dorada cabellera bajaban hasta sus piés como un torrente de los Alpes que el sol colora con sus rayos matinales. Ella creaba en su torno una atmósfera de vida; el aire mismo, iluminado por sus miradas, parecia más diáfano, tal eran de suaves y llenas de todo lo que puede imaginarse de más celestial. Se infiltraba en el alma como la aurora de una bella mañana de Mayo.

Era de estatura mas bien pequeña, delgada, pero perfecta de formas; blanquísima de cutis; una sonrisa etérea, como dibujada por el Corregio, ojos verdaderamente italianos, llenos de languideces y de tempestades, de sonrisas y de lágrimas.

Tenia diez y siete años; pertenecía á una familia noble, los Gamba de Ravenna, y acababa de salir del convento. El Conde Guiccioli era viejo, viudo, pero era tambien muy rico. ...y se la dieron por esposa.

Lord Byron la vió por primera vez en casa de la condesa Albrizzi, durante el otoño de 1818, y le pareció una vision celeste, pero evitó volver á encontrarla,

Car le barril de poudre á peur de l'etincelle.

Byron estaba en el apogeo de su gloria, pero en pugna con su corazon, y en guerra abierta con la familia, con la patria y con el mundo: las obras maestras de su genio poético se sucedian unas á otras, pero aquellas páginas de elevada poesia, elocuente y patética, trágica y satírica, salian de un harem veneciano, donde consumia sus fuerzas y su vida entre los brazos de mujeres animales, como él mismo las llamaba; bebiendo hasta altas horas de la noche vino del Rhin y Cognac; agitándose y rugiendo inquieto como un leon en una jaula, á punto de que su bella cabellera se tornaba gris y decaia todo su organismo.

Tenia entonces treinta y un años, y era todavia hermosísimo, apesar de aquel régimen homicida de vida: el hombre más lindo de su tiempo á juicio de la Albrizzi, de la Blessington, de Shelly, de Trelawny, de Moore y de Scott. Su cabeza de Antinoo era como un hermoso vaso de alabastro iluminado con luces internas. Sus ojos, de un gris azul, cambiante como el color del mar, espresaban con rápidas mudanzas las más contrarias pasiones, desde el entusiasmo radiante hasta la cólera reconcentrada; desde la ardiende simpatia del poeta hasta el glacial desprecio y el orgullo del lord inglés. Su rostro, de un perfil correcto, era habitualmente pálido, pero de una palidez marmórea; y sobre la noble frente

y el bellissimo cuello, nacia oscuros y espesos, sus cabellos naturalmente ensortijados.



Parece que el destino quisiera que volvieran á encontrarse y á amarse. «En Abril de 1819- escribe en sus *Recuerdos* la jóven condesa—conoció á Lord Byron. Me fué presentado en Venecia por la condesa Benzoni, en una de sus reuniones. Esta presentacion, que tantas consecuencias tuvo para nosotros dos, se hizo contra la voluntad de entrambos, y solo por condescendencia consentimos en ella. Cansada mas que nunca en esa noche, fui muy contrariada á aquella reunion y lo hice solo por obedecer al conde Guiccioli. Lord Byron, que evitaba hacer nuevas relaciones, diciendo siempre que habia renunciado por completo á las pasiones y no queria esponerse más á sus consecuencias, se escusó cuando la condesa Benzoni le pidió que accediese á serme presentado, pero á nuevas instancias, consintió. Su noble y bellissima fisonomia, el timbre de su voz, sus maneras, los mil encantos que lo rodeaban, hacian de él un ser tan diferente, tan superior á todos los que hasta entonces habia visto, que no pude menos que experimentar una profunda impresion.... Desde aquella noche, durante todo el tiempo que permaneci en Venecia, nos vimos todos los dias.»



Se vieron y se amaron! Y la mujer, en estos amores, tenia mucho más que perder que el hombre, socialmente hablando. Es verdad; pero no haré ni lamentos morales ni hipócritas elegias. Ella fué amada sincera y apasionadamente por el poeta más grande del siglo, jóven y bello, noble y generoso. Ella sola fué el verdadero amor de Byron, despues de sus vagas afecciones de adolescente. En el conde de Aroldo ella no tuvo ni sucesoras ni rivales; reinó en él exclusivamente, y no lo cedió mas que á la Grecia. Qué triunfo para una mujer!

Pero, en compensacion, ella le hizo un bien más grande aún, infinitamente más grande. Ella brilló como un iris sobre el huracan de aquella alma, dándole la calma, la serenidad, la frescura juvenil.

Ella moderó y apaciguó aquel corazon desordenado é inquieto, aquel cerebro propenso á la locura. Ella devolvió á Byron el respeto de sí mismo, y por mucho tiempo la paz y la armonia de la vida. Ella, solo ella, supo hacerlo llorar de amor.

Atraida como por una corriente magnética irresistible, se echó en sus brazos con todo el entusiasmo de sus diez y ocho años, con la sinceridad de su corazon virginal. No se rindió despues de las calculadas estrategias de las adúlteras de novela, sino que se abandonó á él palpitante de verdadero amor, como Francesca. El se encontró con la encarnacion viva y real de la mujer de sus sueños, pura, ingenua, apasionada. El corazon de Zuleika y de Medora palpó ardiente en los abrazos del poeta. Ella lo amó no por la gloria del nombre, no por el deseado triunfo de ver á sus piés al poeta mas famoso de la época, no por la vanidad de hacer hablar de ella á toda Europa y ser envidiada de las mujeres mas hermosas, sino que lo amó por sí propio, á él, Jorge Byron, jóven, bello y desgraciado. Ella estaba muy lejos de ese sentimiento mezclado de vanidad que hizo escribir cartas y emprender viajes, y amenazar con el suicidio á las sedicentes enamoradas de Goethe y de Rousseau, de Chateaubriand y de Lamartine. Ella fué verdaderamente mujer é italiana, es decir, sincera y apasionada. Ambos eran desgraciados, aunque por distinta desventura. La víctima inocente consoló al infeliz culpable, y á los ojos del mundo, se perdió por salvarlo.



El sintió, con trasportes de dulce embriaguez y de misterioso terror, que su corazon no estaba muerto como creia, y que no habia amado jamas de aquella manera, abandonándose á todo el encanto de aquella pasion que presentia era la última. Ya no pudo vivir lejos de ella, apesar de que se habia visto obligada á alejarse de Venecia. «Es en vano luchar; dejadme amar y morir!» Y confiaba al Po, en versos inmortales, su amor y sus deseos, para que se los llevase á su dama, pasando bajo sus nativas murallas. Fué á Bolonia y allí, inquieto y solitario, pasaba largas horas entre las tumbas de la Cartuja, admirando la belleza

de las rosas esparcidas sobre los mármoles, y el sencillo afecto de algunas inscripciones. . . Pero supo que estaba enferma en Ravenna, y no pudiendo resistir más, voló á su lado, aun á riesgo de comprometerla. El Pinar y la tumba del Dante eran suficiente excusa para el gran peregrino. Como y cuánto él la amaba puede comprenderse bien en estas líneas de los *Recuerdos manuscritos* de la condesa misma, citadas por Moore, y que tanto dicen en su ingenua sinceridad: «El llegó á Ravenna en el día de la soledad del Corpus Domini, mientras yo, atacada de una enfermedad de consunción, que empecé á sufrir desde que salí de Venecia, estaba próxima á morir. La llegada á Ravenna de un extranjero distinguido, á una ciudad tan lejana de la ruta que generalmente siguen los viajeros, era un acontecimiento que daba mucho que hablar, y se indagaban los motivos, que él mismo dió involuntariamente á conocer en seguida, porque habiendo preguntado por mí para venir á verme, y habiéndome contestado *que no podía verme mas, porque estaba próxima á morir*, contestó que en ese caso él también quería morir, lo cual se divulgó en el acto y fué causa de que se conociese el objeto de su viaje. El conde Guiccioli visitó á Lord Byron, á quien conocía desde Venecia, y creyendo que su compañía pudiese distraerme y serme agradable en el estado en que me encontraba, lo invitó á venir á visitarme. Al día siguiente, vino. No se pueden detallar los cuidados, los delicados pensamientos que tuvo para mí. Por mucho tiempo no tuvo en sus manos mas que libros de medicina, confiando poco en mis médicos. Pero la tranquilidad, la felicidad inesplicable que me causaba la sola presencia de Lord Byron mejoraron tan rápidamente mi salud, que en menos de dos meses estaba ya convalciente.»

Fuó en ese tiempo que Byron le propuso huir con él. Ella no quiso esperar mas bien obtener pronto el divorcio.

«Cuando pasé á estado de convalencia, él estaba siempre á mi lado: en las reuniones, en el teatro, en nuestros paseos á caballo, nunca se alejaba de mí. En aquella época, estando privado de sus libros, de sus caballos, y de todo lo que le preocupaba en Venecia, yo le pedí que se ocupase de mí, escribiendo algo sobre el Dante, y él, con su acostumbrada rapidez, escribió *La Profecía del Dante*.»



Poco despues, ella tuvo que acompañar á su marido en un viaje de algunos días, y Byron volvió triste y solo á Bolonia. Allí, con el corazón enternecido y exaltado con el nuevo sentimiento que por entero lo embargaba, lo asaltó la antigua melancolía de su primera juventud. Aquella fuente de natural ternura que ni los esfuerzos, ni las injurias, ni el veneno del mundo, ni sus propios excesos habian podido agotar, corrió de nuevo con mas vigor que nunca por sus venas. Supo lo que quiere decir amar verdaderamente y ser amado, demasiado tarde para su dicha, demasiado intensamente para su tranquilidad pero ¿qué importa?... lo sintió, y fué feliz. Iba todos los días á visitar la casa en que ella solía habitar en Bolonia y donde habia estado pocos días antes; y allí, en aquella estancia solitaria, donde todo le hablaba de ella, experimentaba un inefable gozo escribiendo en sus papeles, y leyendo y anotando sus libros.

Un día, en el jardín de aquella casa, sentado junto á una fuente pensando en ella, en esa triste hora de la oración que nadie, despues del Dante, ha cantado mejor que él, sintió tan vivo y agudo el dolor de la ausencia, fué presa de tan ardientes deseos, de tan estraños terrores de amante, que se echó á llorar amargamente. Lloraba de amor, como Dante y Alfieri, como Burns y Fuscolo, que no han temido pasar por *ridículos sentimentalistas* al confesarlo, y que sin embargo no eran románticos..

En aquel mismo jardín, en un tomo de *Corina* perteneciente á la condesa, Byron escribió en inglés, con lápiz, estas palabras: «Teresa mia: He leído este libro en tu jardín. Tú estabas lejos, amor mio. . . de otra manera no hubiera leído. Este es tu libro predilecto, escrito por una amiga mia, y por esa razón me es doblemente querido. Tú no entenderás estas palabras inglesas, (mas tampoco las entenderá otro, y por eso no escribo en italiano) pero tu reconocerás la letra de quien te ama apasionadamente, y adivinarás que sobre un libro *tuyo*, no podía pensar mas que en el *amor*. En esta palabra, bella en todos los idiomas, pero mas

en el tuyo, *amor mio*, está comprendida toda mi existencia presente y futura. . . .»

Es preciso convenir en que si Byron sabia hacer bellos versos, conocia también *el arte de amar*, por lo menos tanto como *el arte poético*. Y se comprende que la condesa debía adorarlo.



Pero la situación era equívoca y dolorosa para ambos, y no podía durar largamente. La condesa debía volver á Ravenna, y Byron habia jurado seguirla. Sus mejores amigos quisieron disuadirlo y aún consiguieron decidirlo á partir para Inglaterra «por su bien y por la tranquilidad de la señora». Pero la *señora* no lo entendía así, y le escribía cartas apasionadas, á las que él contestaba con otras ardientes, en un italiano algo incorrecto, pero claro y elocuentísimo.

En Venecia, un día que habia dado oído más que de costumbre á la voz tan autorizada y tan poco obedecida del juicio y de la razón, cobró un coraje de león, y decidió partir en el acto para Londres. Ya estaba vestido de viaje, se habia puesto los guantes, el sombrero, y tomado el baston. Sus baules estaban en la góndola; los sirvientes prontos al pié de la escalera. No le faltaba mas que bajar. . . cuando recibió una carta que le anunciaba que la Condesa estaba enferma y que deseaba verlo. Al punto dió contra-orden, se quedó, y le escribió inmediatamente:— «Querida! Creía que el mejor partido para tu tranquilidad y la de tu familia era el de que yo partiese y me fuese *muy lejos*, porque estar cerca de tí y no á tu lado, seria para mí imposible. Pero tú has decidido que yo debo volver á Ravenna, y volveré, y haré, y seré, querida, todo lo que tú quieras! . . . No puedo decirte más.»

Y efectivamente, volvió á Ravenna.

Y la influencia saludable de Teresa Guiccioli sobre su corazón y sobre su talento se hizo más evidente. La parte patética del *Don Juan*, y la divina terminación del canto tercero sobre la puesta del sol y el pinar, están inspiradas en su amor. Una ternura femenil, inefable, penetra y modifica la salvaje armonía del verso de Byron. Él la obedecía en todo. Se afilió á la causa de los *Carbonarios* italianos, primera mente por amor á la libertad, convengo en ello, pero también por la viva amistad que lo ligaba al hermano de la condesa, el Conde Pietro Gamba, patriota generoso, hombre culto y amable, digno compañero mas tarde de Byron en Grecia.

Él, que habia escrito cartas violentas al editor Murray y á Tomás Moore por haberle indicado que modificase dos versos del *Don Juan*, á pedido de ella, suspende el poema, y no lo continuó hasta que ella no retiró su *veto*, y le dió licencia para seguirlo.

Y cuando el innato sentimiento heroico de Byron [lo arrastró á irse á combatir y morir por la libertad de la Grecia, la condesa que veía que de un solo golpe concluía todo para ella, supo sacrificarse valerosamente. No hizo elejias ni *escenas*; se inmolió en silencio, y fué grande como solo las mujeres verdaderamente enamoradas saben serlo. Feliz en esto, que la prematura muerte de Byron le dejó intacta y pura la poesía de la pasión, no se vió obligada, como tantas otras desgraciadas, á edificar sobre las cenizas de sus amores, *el templo de la amistad*.



Todos vivimos para envejecer y morir, y los desengaños invaden poco á poco el campo de nuestras alegrías. Muchos corazones que ya no creen, no saben resignarse á no volver á amar. Algunos caen irremediabilmente heridos en la primera juventud. Otros no pueden amar, y se ven privados del único goce verdadero de la vida. . . Felices los pocos que han probado los éxtasis y las torturas, las violentas emociones y las intimas voluptuosidades de la verdadera pasión. Solo ellos pueden decir, como la Tecla de Schiller: He gozado todas las delicias terrenales. Vivi y amé!

Ni aún la muerte puede destruir aquel encanto. A los que sobreviven les quedan sus recuerdos y sus lágrimas, y bastan á consagrar una vida! Teresa Guiccioli permaneció fiel en la patria y en su voluntario

destierro á tantos recuerdos, á tanto amor. Sus cartas y sus memorias lo atestiguan. Bella melancólica, llegada á la edad en que muchas mujeres tratan en vano de prolongar una inútil juventud, ella cedió á las leyes del tiempo, y vivió soñante y serena, cuando sus hermosos cabellos, tan cantados y tan besados por Byron, se tornaron blancos.

Yo me la figuro á veces paseando solitaria por aquellos sitios llenos de tantos recuerdos, y sentarse resignada y pensativa, sacar de su escarcela el tomo de *Corina* para releer aquella carta *suya*... y levantarse conmovida y pálida. Otras veces creo verla en la hora en que el sol poniente filtra sus rayos por entre el 'espeso pinar, recitando melancólicamente para sí los memorables versos:

*Ave Maria! 'tis the hour of prayer,
Ave Maria! 'tis the hour of love!*

ELEJIA

(A LA MEMORIA DE JOSÉ M. LOPEZ)

LE conocí ya tarde
Cuando la muerte, fúnebre viajera
Que acecha en los caminos de la vida,
Le esperaba cobarde
Para herirle á traición en su carrera!...
Fué triste para todos su partida,
Triste, como el dolor sin lenitivo,
Y su recuerdo, flor cuya fragancia
Resiste pura al tiempo, á la distancia,
Conservo yo en el alma, siempre vivo,
Cual se conserva fiel en este mundo
El recuerdo feliz del que fué bueno,
Y cayó en el combate tremebundo
Sin que su frente salpicara el cieno!...

Apóstol generoso de una idea
Murió en la santa lid, como el soldado
Que sucumbe abnegado
Al pie de su bandera en la pelea.
Y no bajó á la tumba
Envuelto en la mortaja del olvido...
Dejó un nombre de todos bendecido.
Y afecciones que el tiempo no derrumba!...

Mirad, y sed testigos!...
Hoy sus buenos amigos
Llevando todos en las almas luto,
Llegan hasta el paraje hospitalario
Donde vela, hace mucho, sus despojos
El árbol de las tumbas, solitario,
Y allí esponen póstumo tributo

Con el llanto en los ojos!...
Flores sobre un sepulcro!... Primavera,
Emblema de lo joven y lo tierno,
Adornando solícita, sincera,
Con sus mejores galas al invierno!...

Ah!... muy pronto esas flores
Que el Sol dió vida y refrescó el rocío,
Marchitas las vereis á sus rigores,
Barridas por el viento del Estío....

Remedo triste de la vida humana
Que el astro azul de la ilusión colora,
Dándole vida espléndida en su aurora
Y muerte al fin de la primer mañana!...

Pero no todo, en este mundo, muere!...
Hasta el jardín inmaterial del alma
No llegarán, para turbar su calma,
El viento que derrumba, el sol que hierre!...
Al rocío de lágrimas amantes
Nace en ella una flor bien primorosa,
Fragante entre las flores más fragantes,
La siempre-viva del recuerdo hermosa...
Reliquia fiel, depósito querido
En célico santuario,
Que impide que perezca solitario
Un nombre en el sepulcro del olvido!...

RICARDO SANCHEZ-

EN LA PLAYA

CUANDO el sol se acostaba sobre el lecho
De espumas del oceano,
Y en lánguido reposo se adormía
La tarde, del crepúsculo en los brazos,

A la orilla del mar azul y en calma
Como un inmenso lago,
Pensativos los dos y silenciosos
Por la playa desierta nos paseábamos.

Allá en el horizonte se veían
Cruzar pequeños barcos,
Como blancas gaviotas que la espuma
Con sus alas tendidas van rozando.

Llegaban dulcemente á nuestro oído
Esos rumores vagos,
Que siempre en ese instante melancólico
Se alzan del mundo y pueblan el espacio.

Sobre una roca, siempre pensativos
Y mudos nos sentamos;...
El ángel del amor sus leves alas
En silencio batía á nuestro lado.

Reclinada en mi pecho tu cabeza,
Tu mano entre mis manos,
Yo no sé cuánto tiempo allí estuvimos
Con la mirada en éxtasis besándonos.

Tu soñabas y yo también soñaba,
Mientras que enamorados,
Los dos á un tiempo mismo senreiamós,
Los dos á un tiempo mismo suspirábamos.

Después, con una voz que era el preludio
Dulcísimo de un canto,

«Escribe alguna estrofa» me dijiste,
«¿Nada te inspira este momento placido?»

—
Escribí entonce en la mojada arena,
Con temblorosa mano,
Un verso que empezaba con tu nombre,
Mas no sé más, no puedo recordarlo.

—
Solo sé que en tus ojos al leerlo
Dos lágrimas brotaron,
Y que despues nuestra pasion oculta
Trémulos se dijeron nuestros lábios.

Luis M. Muñoz.

Noviembre de 1883.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 13

CHARADAS

1.ª AndaluZ—2.ª Torpedo—3.ª Verdolaga

Fueron descifradas las tres por Cagliostro, y Rafeto; las dos primeras por Una Floridense; y la primera por Mamboretá (de Santa Lucia), y Gamma.

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
P 4 CD	R 1 R
C 6 AR (jaque)	R 2 AR
D pide D (jaque)	R toma C
P 5 R (mate)	

1.ª Variante

P 4 CD	R 3 R 0 3 AD
P pide D (jaque)	R 3 D
CR 7 R	R 3 R 0 4 R
CR 5 AR (mate)	

2.ª variante

P 4 CD	R 3 D
P pide A	R 3 R
C 7 AD (jaque)	R 3 D 0 3 AR
P 5 R (mate)	

Tiene otras variantes de fácil resolucion.

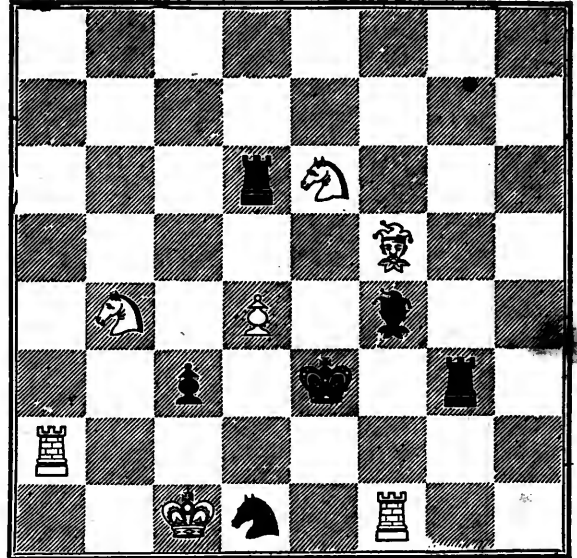
Este problema fue resuelto por Eduardin, El Duende, Artemus, y Cagliostro.

GEROGLÍFICO N. 13

La elevacion de un tirano al Poder es un ataque
directo a la libertad de un pueblo.

Enviaron la solucion: Cagliostro, Rafeto, Gamma, y El negro.

Problema de Ajedrez por Sphinx NEGROS.



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

CHARADAS

Primera y cuarta es bebida
Y tambien es vegetal,
Y cuarta y segunda unidas
Te dan un rasgo esencial
Que al negro caracteriza.

—
Mi tercia con mi primera
Te dan de Italia un ducado;
Y una provincia guerrera
Es mi total, y que ha dado
Muchos hombres ilustrados.

FUGA DE VOCALES

D..s—d.j.—l—v.—d.—l.s—b.sq..s:—«c.nt.!»
l—r.b.—nc..n.—d.l—l.r:—p.rf.m.!
—l.—str.ll.:—l.s—n.b.s—br.ll.nt.!
l—s.l:—rr.d.—n—l.—z.l.d.—br.m.l

FUGA DE CONSONANTES

A.—a..ie..e—u..i.a!—a.—io:—e..a.a
.o.—u.—e..e.a.—é—a.e..a.a—e..u.a!
Y—a—i,—u.e.—a.a—e.—a.o.—a.i.a,
e.—a—i..o—a.a.o—io:—g.a.—y—ó..l.a!

PALABRAS DESCOMPUESTAS

COCRENID—NEGRICUA—APLIGAO—AJITUNA

GEROGLÍFICO NÚMERO 14

